

del pino y del abeto, y esparcido en derredor un calor agradable, que puede suplir al sol. Dios nos instruirá en el uso que hemos de hacer de ese fuego, y en todo lo demás que sirva de alivio ó preservativo á los males que nuestras culpas han producido; y nos enseñará á orar é implorar su gracia. Auxiliados y alentados por Él, no tendremos que temer las incomodidades de la vida, hasta que nos convirtamos por fin en el polvo, última y natural morada nuestra. ¿Qué cosa podemos hacer mejor que volver al lugar en que hemos sido juzgados, postrarnos devotamente ante Él, confesar con humildad nuestras culpas, y pedirle perdon, regando el suelo con nuestras lágrimas, y exhalando profundos sollozos salidos de nuestros contritos corazones, en señal de sincero arrepentimiento y abnegacion completa? Mitigará su rigor sin duda y dará al olvido su desagrado; pues cuando más indignado y justiciero parecia ¿no brillaba en sus tranquilas miradas el afecto, la gracia y la compasion?»

Asi habló nuestro arrepentido padre, y Eva no manifestaba menores remordimientos. Encamináronse sin más tardanza al lugar en que habian sido juzgados, y se prosternaron reverentemente en su presencia. Allí confesaron con humildad sus culpas, imploraron perdon, bañaron con sus lágrimas la tierra, y prorumpieron en profundos sollozos con corazones contritos, en señal de sincero arrepentimiento y de la más completa sumision.

LIBRO UNDECIMO

ARGUMENTO

Trasmite el Hijo de Dios á su Padre las súplicas de los dos esposos, ya arrepentidos de su culpa, é intercede por ellos. Acepta Dios sus ruegos, pero declara que no pueden permanecer más tiempo en el Paraiso, y envia á Miguel con algunos querubines para que los expulsen de aquella mansion, y sobre todo para que revele á Adan los acontecimientos futuros. Llega Miguel á la tierra. Adan muestra á Eva ciertos signos siniestros; observa la llegada de Miguel, y le sale al encuentro. Anúnciale el Ángel su partida. Descanso de Eva; Adan suplica, y acaba por obedecer. Conducele el Ángel á la cima de una alta colina, y en una vision le representa lo que ha de suceder hasta el Diluvio.

En esta humilde actitud permanecieron arrepentidos y orando, porque descendiendo del trono de Dios misericordioso la gracia justificante, arrancó el endurecimiento de sus corazones, y puso en ellos una nueva carne regeneradora, que prorumpia en ayes inexplicables, y que inspirada por el espíritu de la oracion, se remontaba al cielo con vuelo más veloz que el de la elocuencia más sublime. No era, sin embargo, su aspecto de misereros suplicantes, ni parecia su ruego de ménos interés que el de aquellos vetustos cónyuges de las antiguas fábulas, ménos antiguas, sin embargo, que esta historia, Deucalion y la casta Pirra ¹, cuando para reponer la anegada raza humana, se prosternaban devotos ante el santuario de Témis.

Remontáronse al cielo las súplicas de Adan y Eva, sin que los envidiosos vientos las apartaran ó privaran de su camino; penetraron por las celestes puertas, como espirituales que eran ²; y cubriéndolas el gran Intercesor con la nube

(1) Sabida es la fábula de Deucalion, el Noé de la mitología, que habiéndose salvado del Diluvio en una nave que le llevó al monte Parnaso, juntamente con su esposa Pirra, instaron con tales ruegos al oráculo de Témis, que para que no pereciese la raza humana, se les mandó que arrojasen piedras por detrás de ellos, las cuales á medida que iban cayendo, se convertian en hombres y mujeres. Censuran algunos críticos á Milton por las frecuentes alusiones que hace á la mitología pagana; pero otros le defienden observando que las emplea meramente como símiles y como recurso y ornato poéticos, que en su tiempo constituian una especie de tradicion clásica de que no era dable prescindir, y un lenguaje convencional admitido por todo el mundo.

(2) Esta es la idea del poeta, que expresa artificiosamente con la palabra *dimensionless*, esto es, sin dimensiones, incorpóreas, inmateriales.

de incienso que humeaba ante el altar de oro, llegaron ante el trono del Padre, donde las presentó el Hijo radiante de júbilo, dando principio á su intercesion en estos términos:

«Mira, Padre mio, los primeros frutos que en la tierra ha producido la gracia con que has animado al Hombre; los sollozos y ruegos que envueltos entre incienso te ofrezco en este incensario de oro, como sacerdote que soy tuyo; frutos cuya semilla echaste en el corazon de Adan á la par que el arrepentimiento, y de más grato sabor que los que sus manos cultivaban, que los que hubieran producido todos los árboles del Paraiso ántes de quedar privado aquel de su inocencia. Presta ahora oído á sus súplicas, y atiende, aunque mudos, á sus suspiros; y pues ignora, al dirigirte su oracion, de qué palabras ha de valerse, permíteme ser su intérprete, ya que soy su abogado y su victima expiatoria. Refunde en mi sus obras buenas ó malas, que mis méritos perfeccionarán las primeras, y con mi muerte redimiré las otras. Acéptame á mi, y recibe de esos desgraciados, cual si fuese mio, el anhelo de paz para la raza humana. Que por lo ménos viva, reconciliado contigo el Hombre, los tristes dias que le has concedido, hasta que la muerte á que está condenado, y que yo pido que se difiera, no que se revoque, le conduzca á mejor vida, en que todos los redimidos por mi participen de esta paz y bienaventuranza, identificados conmigo, como yo lo estoy contigo.»

Á quien el Padre, no velado por nube alguna, respondió sereno:

«Todas tus peticiones acepto, amado Hijo, que todas eran otros tantos decretos míos; pero permanecer más tiempo en el Paraiso, no lo consiente la ley que he impuesto á la naturaleza. Esos puros é inmortales elementos extraños á toda combinacion grosera, á toda mezcla inarmónica é impura, rechazan al Hombre, manchado ahora, y se apartan de él como de materia corrompida, para que segun su nueva naturaleza se procure un alimento mortal y más propio de la disolucion á que le ha traído su pecado, á consecuencia del cual se pervirtió desde luego todo, y se corrompió lo que de suyo era incorruptible. Creé al Hombre dotándole de dos dones perfectísimos, la felicidad y la inmortalidad; pero el insensato perdió la una, y la otra sólo serviria para perpetuar sus males; por lo que recurri á la muerte. La muerte, pues, viene á ser su postrer remedio, y despues de una vida meritoria á fuerza de penosas tribulaciones, purificada por la fè y por los actos de la misma fè, resucitará el dia de la renovacion del justo á una nueva vida, elevándose triunfante al renovarse los cielos y la tierra. Convoquemos ahora el

sínodo de todos los bienaventurados en los vastos términos del cielo. No quiero ocultarles mis juicios, sino que vean cómo procedo con el género humano, pues que vieron cómo procedi con los ángeles rebeldes; y así, aunque se conservan firmes, se afirmarán todavía más en su fidelidad.»

Calló, y á la señal que hizo el Hijo al brillante ministro que esperaba sus órdenes, éste tocó su trompeta, la misma quizá que se oyó despues en el Oreb cuando descendia Dios, y quizás tambien la misma que volverá á oirse en el juicio universal. Oyóse al punto la voz del Ángel en todas las regiones, y desde sus venturosas moradas cubiertas de amaranto, desde sus fuentes y manantiales de vida, desde todos los puntos en que reposaban en un goce comun, se apresuraron los hijos de la luz á acudir al supremo llamamiento; y todos ocuparon sus sedes, hasta que desde lo alto de su encumbrado trono manifestó así su soberana voluntad el Omnipotente:

«Hijos míos: el Hombre se ha hecho semejante á uno de nosotros y conocedor del bien y el mal desde que probó el fruto prohibido, pero ese conocimiento se limita al bien que ha perdido y al mal que se ha procurado. ¡Qué dichoso seria si se hubiera contentado con conocer el bien por si mismo, y no tener del mal la menor idea! Al presente se aflige, se arrepiente y ora contrito; yo dirijo sus movimientos; pero más que estos movimientos conozco cuán variable y vano es su corazon entregado á si mismo. Recelando pues que más adelante vuelva á llegar con mano aún más osada al árbol de la vida, y coma su fruto, y viva perpétuamente, ó crea por lo ménos que su vida ha de ser interminable, he resuelto sacarle del Paraiso y conducirlo á lugar más á propósito, donde labre la tierra de que fué extraído.

»Miguel, tú quedas encargado de mi mandato. Elije de entre los querubines, flamígeros guerreros que llevar contigo, no sea que en favor del Hombre ó para asaltar la mansion que queda deshabitada, introduzca el Enemigo alguna nueva perturbacion. Apresúrate, pues, y expulsa del divino Eden á los esposos pecadores; lanza á los profanos de aquel santo lugar, y anúnciales á ellos y á toda su descendencia su perpétuo destierro. Mas para que puedan soportar el peso de su rigorosa sentencia, una vez que se muestran humildes y que lloran compungidos su falta, que el terror no los amilane. Si obedecen resignados tu intimacion, no des lugar á que partan desconsolados; revela á Adan lo que sucederá en los tiempos futuros, conforme á las advertencias que yo te inspire, y mezcla á tus

palabras los consuelos de mi nueva alianza con la regenerada estirpe de la Mujer; de modo que se despidan tristes, pero tranquilos. Para defender la parte del Eden que más fácil entrada ofrece, pon por la parte de Oriente una guardia de querubines; vibra á larga distancia la llama de una espada que infunda espanto á todo el que trate de aproximarse, y cierra enteramente el paso hácia el árbol de la vida, no sea que convertido el Paraiso en guarida de espíritus malévolos, inficionen todos aquellos árboles, y vuelvan á seducir al Hombre con sus usurpados frutos.»

Apénas dejó de hablar, se preparó á descender prontamente el poderoso Ángel, y con él la esplendente legion de los vigilantes querubines. Semejante á un doble Jano, cada uno tenia cuatro rostros; cada cual llevaba cubierto el cuerpo de ojos, más numerosos que los de Argos, y vigilantes hasta el punto de no dejarse adormecer ni por la flauta arcadia, ni por el caramillo pastoril ó la soporífera varilla de Hérmes ¹.

Despertaba al propio tiempo Leucothea ² para alegrar de nuevo al mundo con su sagrada luz, y embalsamaba con un fresco rocío la tierra, cuando Adan y nuestra primera madre Eva concluian sus oraciones, y hallaban en si una fuerza que procedia del cielo. De su misma desesperacion sacaban cierta esperanza, cierta tranquilidad que no alejaba, sin embargo, todos sus temores; y Adan repetia asi á Eva sus benévolos consuelos:

«Eva, fácilmente admite la fè que todo el bien que disfrutamos procede del cielo; pero que de nosotros ascienda al cielo algo que prevalezca para con el espíritu de un Dios que es el colmo de toda dicha, ó que baste á captarse su voluntad, no parece igualmente creíble; y con todo, esta ferviente oracion, estos anhelantes suspiros que nacen de nuestro pecho, llegan hasta el trono del Señor;

(1) La traduccion de este pasaje, tan recargado de figuras como se vé, necesita algunas explicaciones. La imágen de Jano, á quien, para denotar su gran prevision y sabiduría, se representaba con dos caras, una que miraba á lo pasado y otra á lo futuro, da una idea exacta de los querubines, que tenian cuatro. Argos, el pastor de los cien ojos, encargado de vigilar á Io, convertida en vaca, cedió al encanto de la música de Mercurio, que consiguió dormirla completamente, al són de su zampoña ó flauta. Hérmes es el mismo Mercurio, y su varilla mágica ó soporífera, (*opiate*), como dice el original, significa su célebre caduceo. Toda esta acumulacion de símiles y metáforas se reduce á encarecer lo imposible que era burlar la vigilancia de los querubines, que tenian el cuerpo cubierto de ojos, *more wakeful than to drowse*, más despiertos que para ser adormecidos: expresion censurada como en extremo vulgar por algun crítico, que la ridiculiza diciendo: esto es lo mismo que poner, demasiado habladores para ser mudos, ó demasiado blancos para ser negros; sin reparar en que el sentido de la frase no termina en lo de ser adormecidos, sino que tiene el complemento en la idea que sigue: no dejarse adormecer *ni por la flauta arcadia, ni por el caramillo*, etc.

(2) *Leucothea*, Diosa blanca, en griego, *Matuta*, en latin; de donde procede el adjetivo *matutino*, la primera luz que anuncia la aurora. Era la del último día que veían nuestros padres en el Paraiso.

y desde el momento en que con mis ruegos he procurado aplacar su ofendida divinidad, y postrado ante ella he humillado mi corazón, paréceme que, propicio y afable, inclina hácia mi su oído, y hasta llego á persuadirme de que me oye con favorable disposicion. Ello es que mi ánimo recobra su calma, y que acude á mi memoria aquella promesa de que tu raza hollará la cabeza de nuestro enemigo; promesa que no habia vuelto á recordar en medio de mi turbacion, y que ahora me infunde la esperanza de que ha pasado ya la amargura de la muerte, y de que seguiremos viviendo. Regocíjate, pues, Eva, con razon apellidada madre del género humano, madre de cuanto vive, pues que por ti vivirá el Hombre, y para el Hombre vivirá todo.»

Pero con rostro afectuoso á la vez y triste, le replicó así Eva: «No es digna de ese glorioso título una pecadora, que destinada á ser tu ayuda, se convirtió en tu asechanza: improprios, aversion y toda especie de oprobio es lo que merezco; y sin embargo, la misericordia de mi Juez es infinita. Yo, que he dado la muerte á todos, vengo á ser por su gracia fuente de vida; y tú, generoso á tu vez tambien, me juzgas digno de tan alto título, cuando lo soy únicamente de otro. Pero ya el campo nos llama al trabajo, que ahora ha de costarnos sudor, despues de una noche de insomnio. Mas ¿no ves? Mira cómo la mañana indiferente á nuestro cansancio vuelve á emprender risueña su rosada via. Marchemos, pues: no me apartaré más de tu lado, cualquiera que sea el sitio á que nos conduzca nuestra cotidiana faena, que ha de sernos penosa en lo sucesivo, pues ha de durar lo que dure el día; bien que si permanecemos aquí ¿qué trabajo ha de parecernos duro en medio de estos bellos pensiles? Vivamos en ellos, y viviremos contentos, aunque hayamos descendido tanto de nuestro estado.»

Así discurría, á medida de sus deseos, profundamente humillada Eva; mas otra era la decision del Hado, y la Naturaleza tardó poco en manifestarla por medio de las aves, de los brutos y del aire, porque éste eclipsó de repente el purpúreo brillo de la mañana. Á su vista el ave de Júpiter, desde lo más alto de su vuelo, cayó sobre dos pájaros de bellísima pluma á quien perseguía, y el animal que reina en los bosques, y que por primera vez se hizo entonces cazador, bajando de una colina, se lanzó contra un ciervo y su compañera, la más hermosa pareja de aquellos montes. Huían hácia la puerta oriental del Paraiso; observábalo Adan, y siguiéndolos con sus miradas, dijo conmovido á Eva:

«¡Ay, Eva! Algun próximo contratiempo nos amenaza, cuando por medio de